

Alrededor de 350 mil niños, niñas y adolescentes en edad de cursar la educación obligatoria viajan con su familia a las piscas

Directrices del INEE para la educación de niños de familias de jornaleros agrícolas migrantes

En los hechos, solo alrededor de un 15% de estos niños, niñas y jóvenes están inscritos en la escuela

SYLIVIA SCHMELKES*

Los jornaleros agrícolas migrantes viajan generalmente con la familia completa desde entidades federativas donde la agricultura es minifundista y de temporal, como Guerrero, Oaxaca y Michoacán, a zonas donde se requiere mano de obra en abundancia por periodos definidos, como el de la cosecha. Se llevan a la familia porque en muchos casos todos trabajan en la pisca del jitomate, del chile, de la fresa, incluso de la caña de azúcar. A pesar de que son más de un millón de personas que se mueven por la República, y de ellos alrededor de 350 mil niños, niñas y adolescentes están en edad de cursar la educación obligatoria, en México sabemos muy poco de ellos.

La vida de estas familias es muy precaria en todos los sentidos. Los jefes de familia, en general, trabajan sin contrato. Son pocos los que cuentan con algún tipo de seguridad social. Las condiciones de vivienda varían según el campo agrícola al que llegan, pero a diferencia del que aquí se reseña, en general son deplorables.

Su condición educativa no es la excepción. En los hechos, sólo alrededor de un 15% de estos 350 mil niños, niñas y jóvenes están inscritos en la escuela. Tradicionalmente, salen de sus comunidades en noviembre, cuando el ciclo escolar tiene poco más de dos meses de iniciado. Y al llegar a su lugar de destino pueden o no encontrar una escuela en el campamento, pues el que haya o no escuela depende de la voluntad del dueño del campo. El tiempo que

duran allí depende de la cantidad de trabajo, y cuando se termina, los jornaleros se mueven a otro lugar, donde nuevamente pueden o no encontrar escuela. En algunos campos ya se ha erradicado o disminuido el trabajo infantil, pero ahí donde todavía se da – y desgraciadamente es más común de lo que se piensa– los niños regresan del trabajo sin ganas de ir a la escuela. El resultado es que muchos de ellos terminan desertando. Incluso si van a la escuela, no permanecen el tiempo necesario para terminar un grado escolar, y aunque ha habido avances en sistemas computarizados de control escolar, es aún difícil darles seguimiento. Muchos ya no vuelven a sus comunidades. Quienes sí regresan, lo hacen cuando ya está próximo a terminar el ciclo escolar, por lo que ya no



“Las escuelas, cuando las hay, son improvisadas”

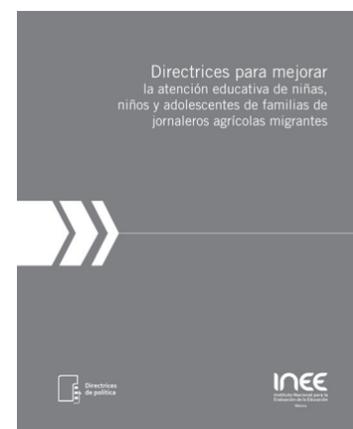
son admitidos en la escuela de su comunidad.

Las escuelas, cuando las hay, son improvisadas. Los docentes carecen de plaza y son contratados generalmente sólo por el tiempo que dura la temporada agrícola. Si bien son hombres y mujeres, generalmente jóvenes, altamente comprometidos con su trabajo, sus condiciones también son precarias, y la rotación de personal es alta. No hay un modelo de atención educativa para estos niños y jóvenes que están en continuo movimiento, y el resultado es que logran una escasa escolaridad, por lo que tiende a reproducirse su condición de pobreza.

El INEE, preocupado por estos niñas, niños y adolescentes que seguramente representan el sector más vulnerado en sus derechos y menos beneficiado por el sistema educativo, ha elaborado directrices

para su atención educativa que se han hecho del conocimiento de las autoridades federal y estatales. Los invitamos a conocerlas en:

www.inee.edu.mx



*Consejera de la Junta de Gobierno del INEE.

¿QUÉ BUSCAN LAS DIRECTRICES DIRIGIDAS A LA ATENCIÓN EDUCATIVA DE NIÑAS, NIÑOS Y ADOLESCENTES (NNA) DE FAMILIAS DE JORNALEROS AGRÍCOLAS MIGRANTES?

Mejorar la educación de entre 276 y 326 mil niñas, niños y adolescentes de familias de jornaleros agrícolas migrantes en edad de cursar la educación básica. Uno de cada cien niños mexicanos pertenece a esta población infantil.

Favorecer el acceso a la educación de NNA de familias de jornaleros agrícolas migrantes: solo entre un 14 y 17% de esta población asiste a la escuela.

Incrementar las oportunidades de aprendizaje de esta población: mientras que en 2009 a nivel nacional el promedio de escolaridad de la población de 15 años o más era hasta 2° de secundaria, los jornaleros agrícolas migrantes estudiaban hasta 4° de primaria.

Fortalecer la coordinación interinstitucional para ofrecer servicios de educación básica, que garanticen una trayectoria libre de rezago, independientemente de los flujos migratorios de la población o el cambio de modalidad y/o sistema educativo.

Contribuir a erradicar el trabajo infantil en las familias de jornaleros agrícolas migrantes: del total de jornaleros agrícolas 17.7% son NNA de entre 5 y 17 años que desempeñan alguna actividad laboral.

Impulsar acciones efectivas que favorezcan la formación y el desempeño de los docentes que atienden los servicios educativos de NNA de familias de jornaleros agrícolas migrantes. La mayoría de ellos, trabaja bajo condiciones laborales precarias, en términos de contratación y salario.

Incorporar el enfoque intercultural y de contenidos sobre diversidad lingüística y cultural que otorgue mayor pertinencia al currículo nacional: en una misma aula se han encontrado hasta 10 lenguas distintas.



¿Cómo inciden las directrices del INEE? Educación para hijos de jornaleros agrícolas migrantes

Cada uno de estos entrevistados: maestros, alumnos, padres de familia y empresarios agrícolas han tenido la experiencia de la migración, y coinciden en la necesidad de tener una escuela allí donde se encuentran

San Quintín es un pueblo costero que pertenece al municipio de Ensenada, Baja California. Los primeros en llegar fueron los misioneros dominicos en el siglo XVII. Se podría decir que fueron los primeros migrantes. Dos siglos después, en el XIX se estableció una compañía estadounidense, que buscaba crear un emporio del trigo. Eran otros migrantes, levantaron incluso un molino pero una sequía los persuadió de buscar otros rumbos. Así empezó el cultivo. Después, con la Revolución y más tarde con el reparto agrario San Quintín se fue poblando de jornaleros agrícolas migrantes en busca de fortuna. Para los años treinta comenzó un crecimiento agrícola que llevó a migrantes de Oaxaca, Guerrero, Veracruz, los mismos que año con año siguen viniendo desde entonces.

Pero no llegan solos, llegan con toda su familia, y las niñas, niños y adolescentes necesitan lugares donde estudiar.

Los Golondrinos

Aquí es donde entra Edith Chavira. Edith fue maestra frente a grupo, y nos cuenta que al comienzo de la descentralización de la educa-

ción básica en Baja California, se crearon direcciones en diversos municipios, uno de ellos en San Quintín donde se convirtió en la colaboradora más cercana del director de educación de ese entonces. Hizo de todo, llevó administración, recursos humanos, presupuestos, hasta que se dio cuenta que durante la temporada alta de recolección en los campos agrícolas, la demanda de alumnos era mayor.

En aquellos tiempos, hace más de dos décadas y en plena bonanza del tomate, decidió “treparse” a un camión y se fue a un rancho a recolectar tomates para ver de dónde salía tanta gente, cómo vivían y por qué traían a sus hijos. Y así se convirtió, dentro de su propio estado, en jornalera migrante. El caporal le dijo, “estás muy grandota, tú no vas poder”, le dieron una pinza para depilar cejas y con esa tenía que arrancar, con mucha suavidad, el jitomate, la plantita era baja y tenía que agacharse mucho, “entonces entendí porqué contrataban a personas chaparritas”. Pero entendió mucho más, se dio cuenta que los hijos de estas familias de jornaleros migrantes necesitaban dónde comenzar o continuar sus estudios, porque

muchos de ellos tenían incluso una boleta lista para mostrarla.

Se dio a la tarea que duró varios años, de convencer a los dueños de los ranchos para que crearan escuelas y guarderías, se encontró con muchas puertas cerradas, pero al cabo del tiempo su voz se hizo eco.

Edith es ahora Coordinadora Estatal de Educación Migrante, todo San Quintín la conoce, es una matrona romana alegre y platicadora que vigilia paso a paso, con la misma meticulosidad con la que se siembra y se cosecha, el trajín de la escuela. Estamos en el campamento El Vergel de la empresa Rancho Los Pinos, y mientras nos sentamos a la sombra —el calor es sofocante— hace el recuento de su labor como gestora de escuelas:

“Lo que hacemos es brindar educación a los hijos de los jornaleros agrícolas, esta escuela tiene tres claves: preescolar, primaria y secundaria, porque la familia jornalera viaja con todos los miembros. Hace 25 años que iniciamos aquí, empezamos con una primaria para niños migrantes. Duramos mucho tiempo atendiendo nada más a los niños que estaban en edad para cursar el nivel primaria, pero se quedaban sin atención los niños de inicial, preescolar y los de secundaria. La misma necesidad nos hizo ir abriendo los otros niveles, empezamos con preescolar, sobre todo para que las madres no se llevaran a los niños a los surcos, y luego, una vez que terminaban el ciclo de la primaria no teníamos nada que ofrecerles y entonces abrimos las escuelas de secundarias multigrado, atendemos a todos los niños de los tres grados con un solo maestro.

Estamos organizados por rutas migratorias, nosotros pertenecemos a la ruta migratoria del pacífico, les decimos Los Golondrinos porque van por todas las entidades que están a la orilla del Pacífico y llega un momento en que se regresan a su pueblo. Esto significa, en un cálculo aproximado, que

volvemos a tener aquí en las aulas a los niños después de cuatro años. Un ciclo escolar es de 400 horas. A veces, depende del número de niños y de la contratación que se haga por parte de la empresa, podemos trabajar hasta 800 horas. Baja California tiene dos periodos, de mayo a octubre, que es en el que estamos ahorita, el de mayor afluencia que es el del tomate, y el de noviembre a abril que es el de la fresa. Esta empresa, Rancho Los Pinos, trabaja particularmente el tomate y el pepino, aquí también se empaca. Los niños se quedan durante unos seis meses. Vienen de Guerrero, de Veracruz y de Oaxaca. Los camiones donde llegan con sus papás son para nosotros una caja de sorpresas, porque no sabemos cuántos vienen en cada camión ni qué niveles escolares tienen. Tenemos en la escuela entre siete y nueve maestros, y solo hasta que sabemos las condiciones de los niños elegimos a los que tienen las competencias y habilidades necesarias para estar al frente de cada grupo.

“Nosotros manejamos 7 500 servicios por ciclo fiscal distribuidos en los 10 periodos agrícolas que tenemos en la entidad y en todos los campamentos. Tenemos 21 escuelas concentradas en 11 campamentos agrícolas; como aquí que tenemos tres escuelas en un solo campamento, y eso nos permite abrir el abanico de atención educativa. En este rancho tenemos toda la oferta educativa, desde educación indígena hasta el CONAFE (Consejo Nacional de Fomento Educativo), y el INEA (Instituto Nacional para la Educación de los Adultos).

“Una de las partes más importantes de nuestro programa es la gestión. Existen muchos programas federales que tiene recursos para atención a la población vulnerable y nosotros gestionamos ante las autoridades estatales todos los programas que se ofrecen en la entidad, tenemos recursos por parte del PíEE (Programa para la Inclusión y la Equidad Educativa),

tenemos el Programa Escuelas de Tiempo Completo, tenemos el Programa Escuela de la Reforma Educativa. Y cuando detectamos que hay un polo agrícola reciente, lo que hacemos es ir a hablar con los empresarios, solicitamos una entrevista con ellos y les platicamos sobre las bondades de la atención hacia los niños, les decimos que es un *plus* para el trabajador, una corresponsabilidad social que les toca a ellos como patrones. Muchos empresarios están preocupados por la producción de sus tomates, de sus cultivos, y piensan que la educación le corresponde al gobierno, pero hay otros preocupados también por las personas, como en el caso de los dueños del Rancho Los Pinos, ellos también se preocupan por el tipo de vivienda y otros servicios que ofrecen al contratar al jornalero.

“Aquí, la empresa entendió que los papás también buscan un lugar donde su hijo esté bien atendido, una escuela que aparte de ofrecer una educación de calidad, tenga mínimo un área para que jueguen los niños, un espacio para comer. Las guarderías se abren a las cinco de la mañana y los jornaleros salen de trabajar a las cuatro o cinco de la tarde, entonces nosotros tratamos de que nuestro periodo escolar, oscile entre las ocho de la mañana y cuatro de la tarde, y de alguna manera ayudamos también en la protección de los niños, para que no estén solos en las viviendas. La empresa nos paga los servicios de limpieza, paga el sueldo de las cocineras, nos ayuda con el mantenimiento de las escuelas, y si hacemos alguna actividad fuera, la empresa pone los camiones y los alimentos. Y no solo ellos, estamos apoyados por el DIF, Derechos Humanos, la Secretaría del Trabajo, somos un grupo de 14 instituciones tanto federales como estatales que participamos, lo que se ve aquí es un esfuerzo conjunto.

“Yo tengo 25 años en este programa, y he formado parte de los equipos que han trabajado



“Todos los niños deben de tener la misma oportunidad de recibir una educación de calidad”: Edith Chavira



“Nosotros hacemos lo posible para que ellos aprendan lo necesario”: Liliana Margarita Domínguez Padilla

las Directrices del INEE, nosotros queremos que todas las entidades puedan tener y ofrecer educación, y que todos los niños deban tener la misma oportunidad de recibir una educación de calidad y el INEE está al pendiente de lo que hacemos.

“Las directrices son recomendaciones a las entidades federativas para que atiendan a esta población y que ellos puedan, de alguna manera, al igual que nosotros, establecer algunas estrategias dentro de sus planes de desarrollo, de atención a los migrantes. Como se puede ver mucho de lo que hacemos está plasmado en las Directrices del INEE: la coordinación interinstitucional, el crear convenios con instituciones universitarias para tener apoyo académico, trabajamos en la profesionalización de los maestros y los estamos incorporando al Servicio Profesional Docente, y sobre todo, una de las directrices que más nos ha ayudado es darle seguimiento a los alumnos con un sistema de control escolar. Nosotros registramos a los niños en el SINACEM (Sistema Nacional de Control Escolar de la Población Migrante), los registramos así solo hayan estado con nosotros una semana, un mes o todo el curso, y de este modo, si los niños de aquí se van a Sinaloa, sus maestros pueden acceder al SINACEM y saber qué módulo escolar ha cursado. Esa es una de las cosas más importantes que se puede hacer con la educación de los niños migrantes, darles seguimiento. No dejar que se vayan sin hacer un registro de lo que han estudiado.”

Evaluación y diagnóstico

Mientras platicaba con Edith Chavira veía ir y venir a una mujer que lo mismo daba instrucciones a los maestros que lavaba las manos de los niños más pequeños, se

estar, y hacemos todo lo posible para brincarlos a la secundaria. Tratamos de apoyarlos a todos.

“Excepto segundo y primero, todos los salones son multigrado, desde tercero hasta la secundaria, entre otras razones porque no tenemos maestros suficientes ni infraestructuras suficientes para atender a más niños, ahora mismo tenemos unos 250 alumnos. Pero varía mucho por su condición migrante, hoy tenemos 250, mañana se pueden ir algunos, o llega un camión nuevo y trae más niños, y hay que inscribirlos. Es muy complicado. Nosotros hacemos lo posible para que ellos aprendan lo necesario, lo que buscamos es que lean y escriban, sepan sumar y restar, que puedan defenderse en otras escuelas, en otros estados. Cuando llegan las familias les dan uno o dos días para que se instalen y para que inscriban a los niños, a veces no traen nada, ni acta de nacimiento, nosotros buscamos su CURP, y mientras, los aceptamos porque tienen que estudiar con o sin papeles. Pero ocurre que a los papás no les gustó el trabajo o les hablan de su pueblo que pasó algo y de un día para otro se tienen que ir. Y a veces ni me avisan, pero al menos sé que ya los inscribí en el SINACEM.

“Yo estudié en la UPN (Universidad Pedagógica Nacional), y cuando llegué hace unos once años me parecía muy complicado planear las clases para un curso multigrado, pero luego aprendí. Aquí tenemos maestros con licenciatura y algunos con maestría, ya nos evaluaron y estamos esperando que nos den nuestras plazas, sería muy importante para nosotros, pero también para la población, porque ahora los padres se preocupan mucho porque sus hijos tengan otras oportunidades, ya no quieren que sean jornaleros, quieren que sus hijos sean alguien en la vida. Incluso algunos papás optan por quedarse aquí hasta que sus hijos terminen la prepa. También nos apoya el trabajo social de la empresa, concientizan a los papás para que traigan a sus hijos.

“Aunque hay niños de diversas edades, nosotros tratamos de integrarlos a través de clubes, a ellos les gusta mucho juntarse con niños que no son de su edad y lo que miramos ahí es que el más grande ayuda al más chiquito. Y, debido a que pueden irse o llegar de improvisado, planeamos las clases por semana y trabajamos por módulos, tenemos cinco módulos: el campo y la ciudad; mi comunidad; mi cuerpo; y mi entorno. Son herramientas para la vida, para defenderse. Estos niños necesitan mucho apoyo, y nosotros tratamos de darles lo mejor”.

Luchar por la inclusión

Si Edith Chavira se contrató como jornalera agrícola para conocer los procesos y las necesidades de los trabajadores, el profesor Hilario Cándido García García no tuvo que hacerlo, él fue niño migrante y aunque en su época todavía el trabajo infantil no estaba prohibido, decidió dejarlo con el apoyo de sus padres y dedicarse a estudiar. Es un ejemplo de lo

que pueden lograr estas escuelas. Ahora estamos en el campamento Las Brisas del Rancho Fruvas, en otra de las escuelas para niñas, niños y adolescentes de padres jornaleros migrantes, estamos en pleno recreo, y mientras los niños juegan, don Hilario me cuenta su historia.

“Mis papás son del Estado de Oaxaca, pertenecen a la cultura zapoteca, migraron en los 80, primero por toda la República, y después su tránsito fue de Sinaloa a Baja California y viceversa. Cuando llegamos aquí yo tendría unos siete u ocho años, fue antes de que se prohibiera trabajar a los niños, en aquel entonces todos los niños podían ser contratados para la labor del campo, y empecé a trabajar a la edad de 8 años hasta como a los 12 tanto aquí en Baja California como en Sinaloa. Una vez que mis padres se asentaron en Baja California tuve por fin la oportunidad de estudiar. Terminé la primaria como a los 18 años y ya no me quise salir. Solo durante mis vacaciones trabajaba, para sostener mis estudios, hice la secundaria, la preparatoria y estudié informática en la Universidad de Baja California, pero siempre me gustó la labor de docente, posteriormente hice la nivelación pedagógica, una especialidad en Educación Media Superior, y varios diplomados que el programa de profesionalización docente ha ofertado. He vivido en carne propia esa ruta que cualquier niño migrante vive.

“La misma educación me hizo entender que existe un compromiso, un valor moral en devolver aquello que te han dado, y la mejor manera de ayudar es involucrándote como docente y formando a los alumnos para que ellos puedan tomar decisiones sobre su vida y puedan trascender. Estoy convencido de que, si todos hiciéramos

eso, podríamos transformar a la sociedad.

“Esta escuela tiene todos los niveles, preescolar, primaria y secundaria. Para muchos es complicado establecer un espacio en el que puedan convivir niños de todas las edades, pero creemos que a fin de cuentas ese es el modelo de una sociedad y la única manera es poder crear espacios de convivencia.

“Todas nuestras normas, nuestros planes de estudios están apegados a las Directrices del INEE. Dentro de las Directrices, se marca que el docente tiene que ser un profesional, tiene que ser una persona comprometida, con valor moral, que le guste la educación, porque es la única manera de poder entusiasmar a los que me siguen. Y también hablan de inclusión, ya no podemos ir por caminos separados, y ese es el cambio que tenemos que buscar, yo ya recorrí todo el ciclo, fui niño migrante y ahora soy docente en escuelas para niños de familias de jornaleros agrícolas migrantes, merecemos los mismos tratos y debemos tener los mismos derechos. Y la mejor manera de establecer esa inclusión es que seamos nosotros mismos los que formemos profesionales.”

Padres e hijos

Aquí el tiempo se mide con nombres de vegetales o frutos, se dice “estamos en temporada de tomate o de fresa, de pepino o de chile”. Ahora, es temporada de pepino, estamos bajo una malla sombra color arena que protege las plantas, el pepino crece de una flor amarilla hasta convertirse en el vegetal que conocemos. Esta flor es fecundada por abejorros traídos de Holanda. Nadie los asusta, están cumpliendo un trabajo y se cotizan en dólares, así que estamos advertidos de no molestarlos. Me encuentro con Gabriela Salvador, es una jornalera que tiene a sus niñas en



“La mejor manera de ayudar es involucrándote como docente”: Hilario Cándido García García



“Nosotros ayudamos con la escuela porque sabemos que van a regresar a aportar sus conocimientos”: Rafael Rodríguez Hernández



Para estos niños la escuela es un refugio

la escuela. Vienen de Chilpancingo, Guerrero. Está embozada con una pañoleta porque la hoja de la planta del pepino puede rasparles la cara. Me concede solo unos minutos pues está trabajando. En realidad estorbamos y mucho, los trabajadores pasan entre las hileras de plantas cortando pepino, llenando sus botes y vaciándolos en un camión. Gabriela es apuntadora, es decir lleva la cuenta del número de botes que llena cada recolector. “La más rápida llega a hacer 300 botes, y cada bote tiene unos 15 o 16 pepinos. Tengo dos hijas, son gemelas y están en la escuela. Me da mucha seguridad que no salgan del campamento, y también nos ayuda mucho que les den de comer. Pasa el camión que nos trae a las malla sombras a las seis de la mañana, y otro camión pasa por ellas a las siete para que estén en la escuela a las ocho en punto. Cuando llego a la casa les pregunto

qué hicieron, y me explican, aunque a veces no entiendo, pero ellas están muy a gusto. Al principio no conocían a nadie y se sentían raras, pero ahora incluso los fines de semana extrañan ir a la escuela”.

Eso dicen los padres, pero ¿qué dicen los niños? Llegamos a casa de Guadalupe Vázquez López, cursa tercero de secundaria y está desayunando empanadas de papa con salsa verde que le prepara su mamá. Se levanta a las cinco de la mañana para hacer el quehacer, y a las siete debe estar lista porque a esa hora llega el camión de la empresa para llevarla a la escuela. Nos subimos con ella al camión, es como todos los camiones de la escuela, hasta atrás se sientan los niños, que juegan a ser fuertes y malos y escuchan música a muy alto volumen, y al frente van las niñas que van en silencio. El trayecto del campo a la escuela no es largo, pero es lento,

no hay calles sino caminos abiertos en el polvo, este es el desierto. Ya en la escuela nos encontramos con Elizabeth Bartolo Sánchez, tiene catorce años y cursa en Los Pinos el tercer año de secundaria. “Conozco esta escuela desde que iba en quinto grado. Solo me quedaba seis meses, y luego nos íbamos a Sinaloa o a otras partes, ahora ya tengo aquí un año, porque mi hermano está estudiando la prepa. Mi materia preferida es matemáticas. Pero quiero ser abogada. Me gusta más estudiar en un solo sitio, en lugar de estar de aquí para allá porque así puedes conocer personas y les tomas cariño, ya no los pierdes”.

Para estos niños la escuela es un refugio, precario, momentáneo, pero un refugio. Aquí estudian, pero también comen y juegan. Aquí, donde todo hace falta, no les hace falta nada. Pero solo por seis meses.

Colaboración de algunos empresarios

El último día de nuestra estancia en San Quintín nos recibe uno de los dueños del Rancho Los Pinos, Rafael Rodríguez Hernández, es un hombre mayor, que ha trabajado toda su vida y está orgulloso de lo que han logrado. “Llegamos en 1951. Mi padre, don Luis Rodríguez llegó con la familia como cualquier otro migrante: sin nada. A pedir trabajo. Somos de Michoacán, aquí era puro monte, en otros lados se sembraba maíz, chiles y nada más porque no había manera de transportar materiales delicados, no había carreteras. Nosotros trabajábamos con caballo y arado. Y vivíamos bajo un árbol y un techo que mi padre había hecho con tule. Cuando los hermanos crecimos, fuimos doce, nos hicimos de un dinero y compramos 25 hectáreas de campo, sembramos maíz, cebada, trigo. A los 17 años ya manejaba un camión e íbamos hasta Tecate para vender cebada a la cervecería. El trigo iba al molino, y así empezó Rancho Los Pinos. En el 68, compramos una planta de luz. Luego vino un señor de Estados Unidos y nos pidió tomate, pero todo era muy rústico. Muchos años después unos ingenieros trajeron las primeras cintas de goteo [una serie de pipetas que van regando la tierra para que nunca les falte agua, trabaja igual que el suero intravenoso para los enfermos]. Cuando comenzamos a necesitar mucha gente, unas quinientas o mil personas, decidimos poner la escuela porque vimos que traían a las criaturas con ellos. Algunos han llegado hasta a la universidad y regresan al rancho y trabajan con nosotros como ingenieros agrónomos. Entonces es un buen trato, nosotros ayudamos con la escuela porque sabemos que van a regresar a aportar sus conocimientos”.

HILARIO GARCÍA: “YO YA RECORRÍ TODO EL CICLO, FUI NIÑO MIGRANTE Y AHORA SOY DOCENTE EN ESCUELAS PARA NIÑOS MIGRANTES, MERECEMOS LOS MISMOS TRATOS Y DEBEMOS TENER LOS MISMOS DERECHOS. Y LA MEJOR MANERA DE ESTABLECER ESA INCLUSIÓN ES QUE SEAMOS NOSOTROS MISMOS LOS QUE FORMEMOS PROFESIONALES”.

Regresamos a la escuela, es hora de los clubes y el maestro Hilario ha pintado un enorme tablero de ajedrez sobre una plancha de concreto. Los niños son las piezas, con paciencia les enseña a decidir hacia donde pueden moverse. Aunque muchos lo toman a broma, otros se sientan sobre su casilla francamente aburridos y otros más están muy atentos a la siguiente jugada, lo que hace su maestro es enseñarles a quedarse quietos y observar, a planear el próximo movimiento y sacar el pecho frente a las malas jugadas. No está nada mal, cada uno de nosotros está sobre su propio tablero. En San Quintín, en pleno desierto, un lugar que se va quedando sin agua —la familia Rodríguez tiene una planta desaladora, donde purifican el agua que necesitan para el riego— las escuelas para niñas, niños y adolescentes de familias de jornaleros agrícolas migrantes son una realidad, una malla sombra donde germinan los conocimientos básicos para enfrentar la vida.

Agradecemos a Edith Chavira y a la familia Rodríguez Hernández por las facilidades prestadas para realizar las entrevistas en San Quintín.



Aquí el tiempo se mide con nombres de vegetales o frutos



El trayecto del campo a la escuela no es largo, pero es lento, no hay calles sino caminos abiertos en el polvo